

Resumen

El presente artículo aborda la subjetividad y los sujetos sociales como perspectiva interpretativa de los estudios sociales y educativos. A partir de su trayectoria investigativa, el autor expone la necesidad de incorporar dichas categorías en el análisis de problemas relacionados con la acción colectiva, la educación popular, la memoria y la identidad social. Asumida la memoria como instancia y proceso de producción de sentidos sobre lo social y como referente de identidad, se caracterizan algunos de sus rasgos, como su historicidad, su plasticidad y su potencial de creación. La categoría de sujeto se presenta en su doble dimensión de sujetado y de movimiento de emancipación y autonomía individual y colectiva. Finalmente, se hace un balance de las implicaciones del uso de la subjetividad como perspectiva en el análisis social y la investigación educativa.

Palabras clave:

Subjetividad, sujeto, producción simbólica, análisis social, investigación cualitativa, educación popular.

Abstract

The present article develops the subjectivity and the social subjects as an interpretative perspective of the social and educative studies. From his research trajectory, the author exposes the need to add those categories in the analysis of problems related to collective action, popular education, memory and social identity. Understanding memory as a request and process of the symbolic social production and reference of identity, it is possible to characterize some of its aspects like its historicity, its plasticity and its potential of creation. The subject category is presented in its double restrain dimension and the movement of the individual, collective emancipation and autonomy. Finally, it is presented a review about the use of the subjectivity as a perspective in the social analysis and educative research.

Key words:

Subjectivity, subject, symbolic production, social analysis, qualitative research, popular education.

Subjetividad y sujeto: Perspectivas para abordar lo social y lo educativo*

*Alfonso Torres Carrillo*¹

Presentación

En la actual reestructuración de los estudios sociales es evidente la importancia que viene cobrando la incorporación de enfoques y conceptos que hacen referencia o reivindican la amplitud, la importancia y la complejidad de las dimensiones subjetivas de la vida social e individual. Así, categorías como interacción simbólica, imaginarios culturales, representaciones sociales, producción de sentido, identidades, identificaciones, prácticas simbólicas, *hábitus*, hegemonía, marcos interpretativos, inteligencias múltiples, inteligencia emocional e intersubjetividad, cada vez son más frecuentes en discursos académicos y prácticas investigativas contemporáneas.

En este renovado interés por el universo subjetivo confluyen, por lo menos, dos procesos. Por un lado, el surgimiento histórico de dinámicas nuevas, como las luchas sociales por el reconocimiento de identidades étnicas, sexuales, de género y generacionales, los nuevos movimientos culturales, los efectos simbólicos de las tecnologías de la información y la comunicación, así como de la globalización y las migraciones internacionales.

Por el otro, el agotamiento de las ciencias sociales clásicas, cuyas teorías, métodos y procedimientos investigativos fueron quedándose cortos para dar cuenta de la complejidad de la vida social y de las dinámicas emergentes mencionadas. En efecto, la racionalidad analítica, determinista, reduccionista e instrumental propia de la tradición positivista en ciencias sociales, impide captar y comprender la plasticidad, la indeterminación y el dinamismo de dichos procesos.

* Este artículo está sustentado en la investigación para la tesis doctoral del autor. Fue recibido en abril 17 de 2006 y arbitrado en abril 25 de 2006.

¹ Doctor en Estudios Latinoamericanos, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, Departamento de Ciencias Sociales. atorres@pedagogica.edu.co

Frente a estas limitaciones, diferentes tradiciones investigativas (disciplinares y no disciplinares), así como otras prácticas sociales y culturales, han venido reivindicando los elementos imaginarios, simbólicos, emocionales y lúdicos de la vida social. Desde mi propia experiencia como investigador he experimentado las limitaciones de los acumulados teóricos y metodológicos y me he visto abocado a explorar nuevas perspectivas interpretativas y analíticas para dar cuenta de las subjetividades y los sujetos presentes en campos de estudio específicos, como las luchas populares, la educación popular, la producción de memoria, de identidad y de vínculos colectivos.

Es desde esta búsqueda, aún abierta, que he venido elaborando algunas ideas en torno del campo problemático de la subjetividad y los sujetos sociales, el cual me ha servido como horizonte interpretativo de mis investigaciones recientes. El propósito de este artículo es dar cuenta de esta construcción, así como de sus implicaciones para la investigación social y educativa. Primero, hago una breve reseña de mi itinerario con respecto a dicha problemática; luego abordo la problemática de la subjetividad social y de la emergencia del sujeto en el análisis social; finalmente, esbozo algunas consecuencias de incorporar dichas dimensiones en el campo investigativo y pedagógico.

1. Itinerario de una búsqueda

Así como las realidades que estudian las ciencias sociales y los conceptos que utilizan son construcciones culturales, las perspectivas interpretativas que los investigadores van asumiendo en sus trabajos también son un movimiento permanente y abierto que exige de éstos una reflexión constante acerca de las instancias, los problemas, las influencias y las decisiones presentes en su construcción. De este modo, las “autobiografías intelectuales”, más que un acto de vanidad o afirmación narcisista, son una ocasión para analizar el proceso de asunción de opciones teóricas y de construcción conceptual y metodológica.

Por eso, en un primer momento, haré una breve reconstrucción narrativa acerca de cómo, durante mi trayectoria investigativa, he tenido que enfrentarme a problemáticas cuya interpretación ha planteado la necesidad de incorporar las categorías de sujeto y de subjetividad. Dichas problemáticas han estado referidas a las luchas urbanas y las organizaciones populares, a las prácticas de educación popular, a la construcción de memorias, identidades y vínculos comunitarios y a la investigación social.

Mi primer acercamiento se dio en torno a los actores protagonistas de los cambios históricos, en el contexto de la realización de mi tesis de maestría en Historia, durante la segunda mitad de la década de los ochenta. Al tratar de nombrar el carácter de las luchas de los pobladores populares bogotanos por el derecho a la ciudad, categorías como movimiento social urbano, clase social y conciencia de clase, no ajustaban a la especificidad histórica de los actores y los modos de actuar de los actores que había encontrado en el estudio.

La influencia de la llamada historiografía marxista inglesa, en particular, los aportes de Thompson, Hobsbawm y Rudé, así como el encuentro con un iluminador artículo del historiador argentino Luis Alberto Romero (1990) sobre los sectores populares urbanos, me permitieron asumir la categoría de sujeto social, para referirme a los pobladores y sus prácticas, por considerarla más abierta y más flexible que las mencionadas. Los sectores populares urbanos no constituían una categoría social fija y dada, sino un lugar social donde se formaban diferentes actores colectivos, desde sus luchas por la construcción material, social y cultural de sus asentamientos (Torres, 1993).

Así mismo, la comprensión de su forma particular de acción colectiva que combinaba autoesfuerzo comunitario, gestión clientelista y protestas eventuales, me llevó a acercarme a las discusiones sobre culturas populares, las cuales me proporcionaban un ángulo de mira más amplio que el de conciencia social (García, 1982; Martín, 1986). En efecto, en ella confluían tradiciones rurales, prácticas políticas recientes, aprendizajes de la nueva vida urbana, incorporación, negociación e impugnación de la cultura hegemónica, emergencia de nuevos significados, etc.

Al comenzar los años noventa, como docente investigador de la maestría en Educación Comunitaria en la Universidad Pedagógica Nacional, realicé una investigación sobre los discursos, las prácticas y los sujetos de la educación popular en Colombia. En la búsqueda de referentes conceptuales para interpretar el modo en que fueron formándose e interactuando sus protagonistas (centros de promoción, activistas, educadores y bases sociales), me encontré con un artículo de Hugo Zemelman (1992) en el cual, además de plantear el papel de los sujetos sociales en las dinámicas de producción histórica, sugería algunos planos y mediaciones sociales en los que éstos se constituyen.

Así mismo, al caracterizar los discursos de la educación popular, encontré dos constantes en sus discursos que me remitieron de nuevo al problema del sujeto y la subjetividad. Una, su propósito de “formar sujetos históricos de cambio”. Dos, que lo específicamente educativo de sus prácticas es su intención de afectar la conciencia, los saberes o los esquemas interpretativos de los educandos (Torres, 1996).

Por la misma época, en el propósito de fundamentar el énfasis de la maestría a partir de una crítica a las imágenes dominantes de lo comunitario, me encontré con la vigencia analítica de las reflexiones del sociólogo Tönnies (1979) acerca de los vínculos comunitarios, caracterizados por el peso de lo subjetivo y lo emocional, frente a los vínculos contractuales y racionales, propios de la lógica capitalista. Más recientemente, desde la especialización en teorías y métodos de investigación social, he venido confirmando la centralidad de las instancias subjetivas en los procesos de formación y activación de memoria social (Candau, 2001; Jelin, 2002; Ricoeur 2003), así como en la conformación de identidades individuales y colectivas (Giménez, 1997; Arfuch, 2002 y 2004).

Simultáneamente, el reflexionar sobre mis propias concepciones investigativas, alimentadas por las tradiciones interpretativas y participativas, subjetividad y sujeto aparecieron de nuevo como problemáticas constitutivas de la producción de conocimiento social y de lo social. “Participando en las matrices sociales (que incluyen la ciencia y la cultura de la cual formamos parte), adquirimos formas de comprender y participar, metáforas y parámetros, ejes cognitivos y destrezas específicas” (Fried, 1995, p. 16).

Así, el sujeto y la subjetividad, como temáticas y perspectivas de interpretación social, se convirtieron en un desafío intelectual, que me llevó a explorar otras fuentes y categorías afines, como son los imaginarios colectivos, las representaciones sociales, procesos de subjetivación y la narración de lo social. A partir de la lectura de dichos aportes elaboré una síntesis acerca de los contenidos y las implicaciones investigativas de la subjetividad y el sujeto, la cual empleé como uno de los referentes conceptuales de mi tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos (Torres, 2005) y que presento a continuación.

2. Pensar la subjetividad

Se ha señalado cómo en los discursos más actuales de las ciencias sociales y de otras prácticas sociales, como la educación, es cada vez más frecuente el uso de las categorías de sujeto y subjetividad social. Dicha tendencia contrasta con lo que pasaba en estos campos intelectuales hace unas pocas décadas, cuando el positivismo imperaba sobre las prácticas investigativas y formativas con sus principios de objetividad y universalidad.

Desde este paradigma, tan arraigado en las concepciones de investigación en las que fuimos formados la mayoría de los investigadores sociales y los educadores, lo subjetivo no cabía ni en la ciencia (entendida como una actividad racional analítica y procedimental), ni en su objeto genérico, la realidad social (al considerarse como un orden estructurado objetivamente, regido por la causalidad y el determinismo), ni mucho menos en el investigador (del que se esperaba objetividad y neutralidad valorativa). Lo subjetivo se asimilaba al subjetivismo, a lo irreal, a lo imaginario, a lo fantasioso y a la personalidad individual; en consecuencia, el quehacer investigativo se le consideraba como fuente de error; como “ruido” a ser neutralizado, como lo ambiguo, lo perturbador.

Hoy sabemos que la objetividad, el universalismo, la racionalidad científica y sus procedimientos, así como las teorías sociales, son construcciones subjetivas; las prácticas investigativas están impregnadas de subjetividad, al igual que todo esfuerzo por pensarla. Esto puede ilustrarse con el carácter de este artículo: el autor es un sujeto sujetado por una subjetividad, pretende “objetivarla” para comprenderla; o, más bien, podría verse como que la subjetividad, valiéndose de este sujeto, hace un ejercicio reflexivo al pensarse a través de un sujeto que cree pensarla.

El abordaje de la subjetividad, como campo problemático de reflexión e investigación, exige la confluencia de diferentes disciplinas, tradiciones teóricas y enfoques metodológicos. También supone desmontar supuestos e imágenes que la asimilan al subjetivismo como posición epistemológica, o a lo individual (como interioridad o conciencia). A nuestro juicio, la subjetividad, más que un problema susceptible de diferentes aproximaciones teóricas, es un campo problemático desde el cual podemos pensar la realidad social y el propio pensar que organicemos sobre dicha realidad.

El hecho de ser asumida desde diferentes ciencias sociales, perspectivas de pensamiento y campos investigativos, el primer problema es definirla más allá de los límites que imponen los parámetros de cada enfoque y cada marco disciplinar, que – por ejemplo – tienden a reducirla a variables psicológicas o a un efecto pasivo de determinantes macrosociales.

Diversos autores coinciden en asumir la subjetividad como una categoría de mayor potencial analítico y emancipador que otras, como conciencia o identidad. Así, Guattari (1996, p. 42) la define como “el conjunto de condiciones por las que instancias individuales o colectivas son capaces de emerger como territorio existencial *sui referencial*, en adyacencia o en relación con una alteridad, a la vez subjetiva”. Boaventura de Sousa Santos (1994, p. 123) la define como “espacio de las diferencias individuales, de la autonomía y la libertad que se levantan contra formas opresivas que van más allá de la producción y tocan lo personal, lo social y lo cultural”. Para Isabel Jaidar:

La subjetividad es un medio de demostración de las ciencias sociales e incluye el conocimiento, las construcciones simbólicas e imaginarias de aquellos saberes descalificados por el positivismo señalándolos de no racionalistas, como son los mágicos, los míticos, los religiosos y, en fin, todas las construcciones imaginarias y simbólicas que perviven en todos los pueblos de la Tierra, y que se inscriben en un registro que tiene un lazo entre lo simbólico, lo social y lo singular (2003, p. 55).

Para A. Torres:

La categoría de subjetividad nos remite a un conjunto de instancias y procesos de producción de sentido, a través de las cuales los individuos y los colectivos sociales construyen y actúan sobre la realidad, a la vez que son constituidos como tales. Involucra un conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de apprehender el mundo, conscientes e inconscientes, cognitivas, emocionales, volitivas y eróticas, desde los cuales los sujetos elaboran su experiencia existencial y sus sentidos de vida (2000, p. 8).

De este modo, la subjetividad cumple simultáneamente varias funciones: 1) cognitiva, pues, como esquema referencial, posibilita la construcción de realidad; 2) práctica, pues desde ella los sujetos orientan y elaboran su experiencia; y 3) identitaria, pues aporta los materiales desde los cuales individuos y colectivos definen su identidad y sus pertenencias sociales.

Desde las consideraciones hechas podemos identificar algunas cualidades de la subjetividad, como son su carácter simbólico, histórico y social; así como su naturaleza vinculante, magmático, transversal, tensional y de alteridad. A continuación esbozaré el contenido de dichos rasgos y algunas de sus implicaciones investigativas.

La subjetividad no se agota en lo racional ni en lo ideológico, sino que se despliega en el amplio universo de la cultura, entendida como “entramado de símbolos en virtud de los cuales los hombres dan significado a su propia existencia... dentro del cual pueden orientar sus relaciones recíprocas, en su relación con el mundo que los rodea y consigo mismos” (Geertz, 1987, p. 205). Desde su nacimiento “el cachorro humano se inscribe en distintas redes de significantes que lo preceden y lo significan, antes de que él mismo pueda atribuirles significado” (Sánchez, 2005, p. 158).

En la subjetividad confluyen imaginarios colectivos, representaciones sociales, memorias, creencias, ideologías, saberes, sentimientos, voluntades y visiones de futuro. Como fuente de sentido y mediación simbólica precede y trasciende a los individuos; constituye nuestro yo más singular, el sentido de pertenencia a un nosotros y al conjunto social.

La naturaleza simbólica de la subjetividad implica que sólo se puede acceder a su comprensión a través de los múltiples lenguajes humanos. Por tanto, la racionalidad de la ciencia, con su lenguaje analítico y abstracto, es insuficiente para atrapar la riqueza de las diferentes lógicas que constituyen la subjetividad, y tiene más potencialidad para ello, la poesía, la literatura, el cine, las artes plásticas y las sabidurías populares y tradicionales.

La subjetividad es siempre de naturaleza social e histórica. La subjetividad de cada sujeto es tan sólo una variante de procesos subjetivos más amplios, los cuales a su vez están sostenidos por formaciones sociales específicas. Éstas, a su vez han sido creadas por sujetos históricos concretos y se mantienen a través de dinámicas subjetivas enmarcadas en contextos históricos y sociales determinados.

Como fenómeno sociocultural complejo y dinámico, la subjetividad también posee su propia historicidad; se hace y se deshace; puede ser transitoria o permanecer con el paso del tiempo; por ello no está sometida a una evolución progresiva o a una dirección única.

Por ello sería un grave error considerar la subjetividad como una realidad estática, suprahistórica o ahistórica, como lo han pretendido algunos, con dimensiones subjetivas, como el inconsciente o los imaginarios colectivos.

Siempre que no se aborde con criterios reduccionistas, (la subjetividad) representa una situación de confluencia de planos de realidad en que se puede rastrear cómo desembocan los microprocesos (por ejemplo, de índole psicológica), así como la apertura hacia ámbitos sociohistóricos que se caracterizan por ser inclusivos de otros planos que pueden constituir el contexto particular del sujeto concreto que interese estudiar (Zemelman, 1996, p. 99).

Asumir la subjetividad como dimensión social histórica implica reconocer su carácter de producente y de producida. Por una parte, porque está estructurada por múltiples dinanismos históricos y culturales que la condicionan; por otra, porque estructura dichos procesos sociales, transformándolos y abriendo posibilidades de desenvolvimiento histórico.

(La subjetividad) no puede entenderse como un campo definido en términos de sus manifestaciones, ya sean conductuales, de expectativas o perceptivas, sino de modo más profundo, desde su misma dinámica constitutiva y constituyente: ello nos remite a campos de realidad más amplios. (Zemelman, 1996, p. 104)

Así mismo, la subjetividad, como producción simbólica y situada históricamente, es siempre alteridad; en efecto, es el lenguaje, el carácter grupal, la historia y la cultura internalizada en cada sujeto. La subjetividad es siempre intersubjetividad; en lo individual están expresándose otras subjetividades; como lo planteó Bajtin en sus conceptos de polifonía y dialogismo, cuando alguien habla están presentes muchas voces (Morson, 1993).

La subjetividad también es de naturaleza vincular, si entendemos el vínculo como esa estructura sensible, afectiva, ideativa y de acción que nos une, nos “ata” a otro ser y con la cual el sujeto se identifica. Para Pichon Riviere, el vínculo es la condición material de nuestra constitución subjetiva; para él,

La identificación no está planteada como identificación a una imagen sino a un rasgo de la estructura vincular que incluye modelos de significaciones sensibles, afectivas, ideativas y de acción y que luego el sujeto reproduce. El vínculo es el que intermedia y permite la inserción del sujeto al campo simbólico de la sociedad. El vínculo es una estructura bifronte, posee una cara interna y otra externa. La subjetividad es, entonces, una “verdadera selva de vínculos” (1985, p. 87).

Si bien es cierto que la subjetividad social se cristaliza en instituciones, normas, costumbres, rituales y modos de hacer, su naturaleza es magmática, plástica, fluida, indeterminada. Esta elasticidad y fluidez magmática de la subjetividad explica su naturaleza dinámica, cambiante, y su vocación de errancia, liminal; no se rige por la lógica de la causalidad y es difícilmente conocible desde los esquemas interpretativos analíticos, formales, propios de la teoría social clásica.

Al respecto, vale la pena destacar la distinción hecha por Chanquía (1994), a partir de su lectura de Zemelman:

(La distinción) entre subjetividad estructurada y subjetividad emergente o constituyente; mientras la primera involucra los procesos subjetivos de apropiación de la realidad dada, la segunda abarca las representaciones y otras elaboraciones cognoscitivas portadoras de lo nuevo, de lo inédito; ésta debe definirse contra aquella subjetividad estructural y, en algunas ocasiones, fuera: pues ámbitos de la realidad silenciados con anterioridad, adquieren significación —es decir, existencia para el sujeto— en el proceso de su constitución. (p. 42)

Por ello la subjetividad no está circunscrita a un espacio y un tiempo determinados, sino que en ella se condensan diferentes escalas existenciales, espaciales y temporales. Por ejemplo, al abordar lo individual deben reconocerse las diferentes grupalidades, institucionalidades y estructuras sociales que lo constituyen; la subjetividad, como actualización del pasado, es memoria; como apropiación del presente, es experiencia; y como construcción de posibilidades, es futuro. “Toda práctica social conecta pasado y futuro en su concreción presente, ya que siempre se mostrará una doble subjetividad: como reconstrucción del pasado (memoria) y como apropiación del futuro, dependiendo la constitución del sujeto de la articulación de ambas” (Zemelman, 1996, p. 116).

La subjetividad es transversal a la vida social. No hay plano ni momento de la realidad social que puedan pensarse sin subjetividad. Está presente en todas las dinámicas sociales y en todos sus ámbitos: tanto en la vida cotidiana y los espacios microsociales como en las realidades macrosociales, tanto en la experiencia intersubjetiva diaria como en las instituciones que estructuran una época o una formación social determinada. La subjetividad va más allá de los condicionantes de la producción económica y de los sistemas políticos y toca lo personal, lo social y lo cultural.

Finalmente, cabe destacar que la subjetividad es escenario y a la vez vehículo de los conflictos sociales y políticos. Como instituida, a través de ella se legitiman los poderes hegemónicos y se garantiza la cohesión y el orden social; como instituyente, la subjetividad alimenta los procesos de resistencia y posibilita el surgimiento de nuevos modos de ver, de sentir y de relacionarse que van contra el orden instituido y que pueden originar nuevos órdenes de realidad. Como arena y conductora de las tensiones sociales, la subjetividad no puede analizarse como una unidad homogénea y estable, sino como una realidad compleja, inestable, convulsionada y agónica.

Entonces la naturaleza simbólica, histórico-social, intersubjetiva, vincular, magmática, transversal y tensional de la subjetividad, sólo es posible de ser reconocida a través de los modos de ver, actuar y representarse de los individuos y los colectivos específicos que son sujetos a ella. Por tanto, toda reflexión sobre subjetividad conduce necesariamente a una reflexión sobre el sujeto, como se evidencia en la literatura y en los debates contemporáneos al respecto. En consecuencia, a continuación expondré algunas consideraciones acerca del sujeto como problema de conocimiento.

3. La reivindicación del sujeto como actor y constructor de realidad

A partir de las consideraciones hechas sobre la subjetividad, queda claro que cuando nos referimos al sujeto no estamos entendiéndolo como el sujeto unitario, racional, transparente, incondicionado y dueño de sí mismo, construido por la

comunitarias, el sujeto es “la búsqueda emprendida por el individuo mismo, de las condiciones que le permitan ser actor de su propia historia” [...] “el sujeto es el deseo del individuo de ser actor” (pp. 65-66).

Así mismo, para Cornelius Castoriadis (2004) la preocupación por la subjetividad humana está presente desde los orígenes de la filosofía. Pero no se le debe suponer ingenuamente como algo dado, un *cogito*, un *yo pienso* kantiano o el consciente freudiano. El autor, inscrito en la tradición psicoanalítica, considera que la conciencia freudiana no da cuenta plena de la subjetividad, pues su función básica es la adaptación a la realidad y tener las riendas de los caballos psíquicos que tiran en direcciones opuestas: “El consciente calcula y razona, trata de establecer constantemente compromisos entre realidades y pulsiones” (Castoriadis, 2004, p. 99).

Lo que identificaría la subjetividad humana es la idea de reflexión o reflexividad. “En la subjetividad humana hay reflexividad en sentido fuerte, que implica la posibilidad de que la propia actividad del sujeto se vuelva objeto explícito, independiente de toda funcionalidad” (Castoriadis, 2003, p.102). La subjetividad requiere voluntad e imaginación, capacidad de acción deliberada en tanto somos seres imaginantes.

En fin, hacerse sujeto presupone autorreflexividad, imaginación y capacidad de acción deliberativa. El sujeto “para sí” significa ser fin de sí mismo, incluye la autorreferencia y la reflexividad; es decir, el poder tomarse a sí mismo como actividad actuante a través de la imaginación. De este modo, para Castoriadis (1997) el sujeto no está dado, debe hacerse en ciertas condiciones y circunstancias: es creación histórica.

Para Hugo Zemelman (1996), la problemática de los sujetos sociales ha sido uno de los “agujeros negros” de las ciencias sociales, pues no han sido abordados suficientemente, o cuando lo han intentado, éstas se han quedado cortas en reconocer su complejidad y su profundidad. En este asunto subyacen cuestiones de fondo que aluden a lo que se oculta a veces en los grandes debates; uno de estos es el referido al rescate del sujeto en oposición a las posturas que lo eliminan del debate en las ciencias sociales y del devenir actual.

Desde su perspectiva, la reivindicación del sujeto en el debate contemporáneo tiene connotaciones epistemológicas y políticas. “La importancia del tema de los sujetos estriba en que constituyen un esfuerzo significativo para alcanzar una mejor captación de la realidad histórica, en tanto conforma un horizonte que articula diferentes planos de lo social” (1996, p. 97). En cuanto a las exigencias políticas, el rescate del sujeto resulta aún más necesario, ya que los poderes que regulan el orden mundial actual hacen todo lo posible por minimizarlo o anularlo, por quitar a los individuos y a los colectivos la posibilidad de pensar por sí mismos sus posibilidades de desenvolvimiento, condenándolos a un eterno presente, a un discurso único y a un conformismo que elimina todo horizonte utópico alternativo al orden imperante.

La categoría sujeto cobra importancia en la construcción de realidad social desde subjetividades emergentes. Se es sujeto, individual o colectivo, cuando se es capaz de reconocer los condicionamientos del contexto y se posee la voluntad para superarlos desde prácticas orientadas por visiones de futuro diferentes de las hegemónicas. En este marco, el sujeto representa una potencialidad realizada en función de alternativa de sentidos de lo social.

Aunque en un sujeto se condensan las prácticas y las relaciones sociales del entorno en que emerge, éste, desde su praxis, no sólo reproduce lo dado, sino que es capaz de producir nuevas prácticas y nuevas relaciones; es decir, puede construir realidad conforme sus intereses y sus intencionalidades. La comprensión del ser humano no se puede reducir al plano de sus determinaciones estructurales (por ejemplo, al campo de las relaciones de producción) pues el ser humano es también conciencia, lo cual nos enfrenta al problema de los diferentes planos en que actúa el ser humano como sujeto.

El ser humano como conciencia remite a la idea de sujeto actuante en momentos concretos del devenir histórico. La conciencia como visión del propio ser social y de sus horizontes de acciones posibles transforma al ser humano histórico en sujeto. “La voluntad de acción encarna una subjetividad en proceso de ampliación conforme se enriquece la capacidad de apropiación de lo real, y, por lo mismo, se produce una ampliación de la propia conciencia del sujeto” (Zemelman, 1996, p. 62).

Las consideraciones sobre sujeto individual tienen su correlato en la categoría de sujeto social, planteada por Zemelman. La diferencia de la categoría de “sujeto histórico” propia de los metarrelatos teleológicos del cambio social, concebido “en términos de un actor genérico homogéneo determinado objetivamente, llamado a construir una única realidad y desde una única subjetividad” (Chanquía, 1994, p. 42). El concepto de sujeto social, por el contrario, involucra diferentes instancias constitutivas y supone diversidad de universos simbólicos y, con ello, múltiples construcciones posibles de realidad.

Para el autor, un sujeto social es un núcleo colectivo que, compartiendo una experiencia e identidad colectivas, despliega prácticas aglutinadoras (organizadas o no) en torno a un proyecto, se convierte en fuerza capaz de incidir en las decisiones sobre su propio destino y el de la sociedad a la cual pertenece. En un sentido similar, para Emir Sader (1990, p. 36), “el sujeto es una colectividad donde se elabora una identidad y se organizan las prácticas, a través de las cuales sus miembros pretenden defender sus intereses y expresar sus voluntades, constituyéndose en esas luchas”.

Dicho sujeto social se constituye en la medida en que pueda generar una voluntad colectiva y desplegar un poder que le permita construir realidades con una direccionalidad consciente. El sujeto puede ser entendido como el colectivo que potencia las posibilidades de la historia desde sus prácticas. Al trascender el marco intersubjetivo, se entra en el escenario político donde se definen y se confrontan opciones de futuro viables.

El sujeto, más que en una organización unificada, se expresa en una identidad colectiva. Esta supone la elaboración compartida de un horizonte histórico común y la definición de lo propio (el nosotros) en relación de oposición a lo que se reconoce como ajeno (los otros) [...] De esta manera, lejos de ser un agregado de individuos, se convierte en un espacio de reconocimiento común que trasciende a cada uno de ellos (Zemelman, 1992, p. 15).

La conformación de subjetividad social no sólo se ha dado en función de clase social, pues en diversas épocas, y especialmente en la actual –como lo han puesto en evidencia los llamados nuevos movimientos sociales–, se han conformado actores sociales en torno de otras dimensiones constitutivas de identidad, como lo territorial, lo étnico, el género o las prácticas culturales. Así mismo, los procesos de reconocimiento y representación no se dan sólo por medio de la conciencia y la razón, sino a través de las más diversas mediaciones y expresiones culturales simbólicas no discursivas, como los imaginarios colectivos, las representaciones sociales, las creencias y los mitos.

4. Implicaciones para los estudios sociales y educativos

Asumir la subjetividad y los sujetos sociales como problemática y como perspectiva interpretativa en los términos planteados tiene implicaciones para la investigación social y educativa; éstas tienen que ver tanto con los campos temáticos donde son más promisorios como con las metodologías para abordarlos.

En un sentido amplio, no habría temática social que pueda prescindir de lo subjetivo y de los sujetos sociales. Sin embargo, como ya viene demostrándolo la investigación contemporánea, existen algunos campos cuyo abordaje, desde la subjetividad y de la subjetividad, es especialmente clave. Entre otros, tenemos los estudios sobre construcción y conocimiento de realidad social, sobre cohesión social, sobre poder y culturas políticas, sobre constitución de identidades y memoria sociales y sobre acción colectiva.

La sociología comprensiva (Weber), así como la tradición fenomenológica en estudios sociales (Shutz; Berger y Luckman) y el interaccionismo simbólico, han evidenciado cómo la realidad social es una construcción intersubjetiva mediada por el lenguaje y los sistemas culturales, en la cual convergen intenciones racionales, valoraciones, emociones y creencias. La propia producción de conocimiento científico está enmarcada en conjuntos de creencias compartidas por las comunidades científicas (paradigmas), a su vez impregnadas de saberes de época y de las que Blumenberg (2001) llama metáforas absolutas, de los cuales no siempre son conscientes los propios investigadores.

La comprensión de los procesos a través de los cuales los miembros de un conglomerado social mantienen una cohesión o se articulan en redes sociales, pasa necesariamente por considerar las instancias y los elementos subjetivos que

garantizan dicha integración y mantienen los vínculos sociales. Llámense valores, marcos cognitivos, esquemas interpretativos, lealtades o emocionalidad, estas categorías ponen de presente que el gregarismo humano no es un hecho natural, sino una construcción cultural.

Los estudios sobre el ejercicio de poder, la legitimidad de las autoridades, los procesos de sumisión e insumisión y las culturas políticas, convocan necesariamente instancias y procesos subjetivos. Por un lado, es a través de éstos que se transmiten y se mantienen las relaciones de dominación y las hegemonías, como también desde donde se generan las resistencias, las insumisiones y las rebeliones cotidianas (Foucault, 1991; Scott, 2000). Por otro, la categoría de cultura política involucra creencias, formas de representación y de relación de los diferentes actores frente al poder.

Un campo donde la subjetividad es central es el de los estudios sobre identidad y memoria individual y colectiva. En el primer caso, en la medida en que la identidad no se considera como una esencia dada, sino como “cultura internalizada”, como construcción intersubjetiva conflictiva e histórica, como una narrativa que genera subjetividad desde las representaciones sobre sí mismos y sobre los otros (Giménez, 1997). También la subjetividad es una clave ineludible en los estudios sobre memoria, si también se entiende como construcción intersubjetiva, como reelaboración permanente, como dialéctica de recuerdo y olvido, diálogo entre procesos conscientes e inconscientes, entre hegemonía y resistencia (Jelin, 2002; Candau, 2001).

Un campo donde la dimensión subjetiva ha venido cobrando gran importancia ha sido el de los estudios sobre acción colectiva y movimientos sociales. Frente a las tradiciones clásicas (funcionalismo, marxismo, accionalismo) que le dieron peso especial a los factores estructurales, diversos autores reivindican la importancia que tienen los procesos subjetivos para comprender el surgimiento, la expansión, la continuidad y la crisis de la acción colectiva. Así, categorías como creencias generalizadas (Smelser, 1964), agravio moral (Barrington Moore, 1996), economía moral (Thompson, 1984), códigos culturales (Melucci, 1984, 1996 y 1999), marcos interpretativos y sentido común alternativo (Ibarra y Tejerina, 1998) cobran cada vez más fuerza para confirmar que las protestas, los levantamientos y las movilizaciones sociales no son una reacción mecánica a una tensión, conflicto o desajuste estructural, sino acciones mediadas por dinámicas y prácticas culturales e intersubjetivas.

Al igual que en otros campos de la investigación social, la educación también es un lugar y una práctica para ser leídos desde la óptica de la subjetividad y los sujetos sociales. Decir educación es hacer mención al destino de los sujetos y el futuro de la sociedad. La educación es como una cinta de Möbius: funciona en la internalización de lo social, marcando la subjetividad, y a su vez concierne a la manera en que la subjetividad deja sus huellas en el andamiaje social (Frigeiro, 1999, p. 23).

Toda educación es conocimiento y a la vez reconocimiento entre sujetos. Éstos, educandos y educadores, como seres inacabados, tienen en la educación una ocasión para ir siéndolo. Educar conlleva un elogio a lo inacabado, reconoce en él su carácter motor, lo que insituye que no somos sin otro, y lo que hace que a lo largo de la vida se ponga en juego lo que podríamos llamar el anhelo y el esfuerzo de ser hombre. (Frigeiro, 1999, p. 37)

En consecuencia, abordar lo educativo como hecho intersubjetivo, por un lado, permite desmarcarla de lo exclusivamente escolar sin desconocerlo; por otro, posibilita valorar la riqueza de la escuela como escenario de confluencia y de conflicto entre subjetividades, más que diálogo de saberes o de aprendizaje exclusivamente cognitivos. Además, plantea la posibilidad de abordar la cultura escolar como magma subjetivo que no comienza ni termina en sus límites y de estudiar los procesos de constitución de identidad de los educadores.

Por último, en cuanto a las implicaciones metodológicas, considero que las perspectivas cualitativas críticas o de borde son las que poseen mayor potencialidad para incorporar la subjetividad y el sujeto en la investigación social. Para tomar distancia con concepciones positivistas que asumen la investigación cualitativa como aquella que usa técnicas no estadísticas, como la entrevista o las historias de vida, he propuesto la categoría de investigación cualitativa crítica para referirme a aquella que reconoce la subjetividad y el sujeto tanto en la vida social como en su conocimiento.

La investigación cualitativa, al construir e interpretar los significados desde los cuales los sujetos se representan, interactúan y construyen realidades sociales específicas, enmarcados en unos contextos sociales y culturales específicos, también es generadora de sentido. Además, como todo proceso de producción de conocimiento en ciencias sociales, la investigación cualitativa es intersubjetiva: no sólo se refiere a colectivo, sino que establece relaciones con ellos, las cuales no sólo afectan los resultados, sino a los mismos sujetos.

Una investigación es cualitativa crítica o de segundo orden si convierte en objeto de reflexión cuanto hay de subjetividad en la investigación y en lo investigado, a su vez que reconoce cuánto hay de determinación (política, cultural y no sólo económica) en el investigador, en la investigación y en lo investigado. Sólo consideraremos una investigación como cualitativa si reconoce que “el sujeto es sujetado y el objeto objetivado, por el orden simbólico” (Ibáñez, 1994, p. 14) y activa procesos reflexivos sobre su propia mirada, sobre las estrategias que emplea y sobre el objeto que construye.

Finalmente, vale la pena destacar que asumir la subjetividad como perspectiva de abordaje de fenómenos sociales y educativos implica ampliar las estrategias metodológicas para su abordaje. La subjetividad encuentra más posibilidades de manifestarse a través de la narrativa, pues es la forma misma en que los seres hu-

manos “experiencian” el mundo; en consecuencia, acudir a lo narrativo no es sólo emplear formas narrativas de lenguaje, sino una forma de construir e interpretar los fenómenos sociales, cuya propia naturaleza es narrativa.

Por ello hoy se habla, más que del uso de lo narrativo en investigación, de investigación narrativa (Larrosa *et al.*, 1995; Bolívar, Domingo y Fernández, 2001), entendida como un conjunto amplio de estrategias metodológicas para construir conocimiento social, como son las historias de vida, los relatos autobiográficos, los testimonios y los dispositivos de activación de memoria.

Frente al cierre o control de sentido que constituyen las encuestas y las entrevistas cerradas, al posibilitar que las personas relaten sus versiones, valoraciones, emociones o imaginarios sobre una determinada temática, acontecimiento o sobre sí mismos, hay más posibilidades de “captar” la riqueza subjetiva presente en toda experiencia humana. A la vez hemos encontrado que activar las narrativas, también trae consigo la afirmación de los propios procesos de construcción de realidad, de identidad y de acción social que se estudian (Cendales y Torres, 2004).

Bibliografía

- Arfuch, L. (2004). *El espacio biográfico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, L. (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Berger y Luckman. (1976). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blumenberg, H. (2003). *Paradigmas para una metaforología*. Madrid: Trotta.
- Bolívar, A. *et al.* (2001). *La investigación biográfico narrativa en educación*. Madrid: La Muralla.
- Calvillo, M. y Favela, A. (1995). Los nuevos sujetos sociales. Una aproximación epistemológica. *Sociológica*, 28.
- Candau, J. (2001). *Memoria e identidad*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico social. Seminarios 1986-1987*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____, (1997). *Ontología de la creación*. Bogotá: Ensayo y Error.
- Cruz, M. (1996). *Tiempo de subjetividad*. Madrid: Paidós Básica.
- Chanquía, D. (1994). Para investigar procesos de constitución de sujetos sociales. *Suplementos*, 45.
- De Sousa, B. (1994). Subjetividad, ciudadanía y emancipación. *El otro derecho*, 15 (3).
- Focault, M. (1991). *El sujeto y el poder*. Bogotá: Carpe Diem.
- Frigeiro, G. (2003). *Los sentidos del verbo educar*. Pátzcuaro: Crefal.
- García, N. (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*. La Habana: Casa de las Américas.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera Norte*, 18 (9).
- Guattari, F. (1997). *Caosmosis*. Buenos Aires: Úrsula.
- _____, (1994) La refundamentación de las prácticas sociales. *Letra Internacional*, 34.
- Guinsberg, E. (1999). Proyectos, subjetividades e imaginarios de los 60 a los 90 en Latinoamérica. *Argumentos*, 32/33.
- Ibáñez, J. (1996). *El regreso del sujeto*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Ibarra, P. y Tejerina, B. (1998). *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.
- Jaidar, I. (2003). *Tras las huellas de la subjetividad*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Laclau, E. (1987). Los nuevos movimientos sociales y la pluralidad de lo social. *Revista Foro*, 4.
- León, E. (1995). La experiencia en la construcción del conocimiento social. En H. Zemelman (Coord.), *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*. Caracas: Universidad Nacional Autónoma de México-Nueva Sociedad.
- _____, y Zemelman, H. (Coord.) (1997). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos-CRIM Universidad Nacional Autónoma de México.
- Larrosa et al. (1995). *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*. Barcelona: Alertes.
- Lucarelli, E. et al. (2002). *Enseñar e aprender: sujetos, saberes y pesquisa*. Rio de Janeiro: DP&A Editora.
- Luminato, S. (1995). La función de los valores en el pensamiento filosófico latinoamericano. En *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*. Caracas: Universidad Nacional Autónoma de México-Nueva Sociedad.
- Maffesoli, M. (1990). *Tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.
- Mariño, G. (1996). *Aprender a enseñar*. Bogotá: Instituto Colombiano Bienestar Familiar-FAMI.
- Martín, J. (1986). *De los medios a las mediaciones*. Ciudad de México: Gustavo Gilli.
- Martinić, S. (1995). Relación pedagógica y conversaciones en proyectos educativos y de intervención social. *La Piragua*, 11.
- Mejía, J. (1998). *Recuperar la conciencia de sujeto*. Bogotá: Cinep.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Ciudad de México: Colmex.
- _____, (1996). *¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?* Ciudad de México: Sedepac, Mimeo.
- _____, (1985). The symbolic challenge of contemporary movements. *Social Research*, 4.
- Moore, B. (1996). *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Moscovici, S. (1976). *Psicología social*. Barcelona: Paidós.
- Palma, D. (1994). *La construcción de Prometeo. Educación para la democracia latinoamericana*. Santiago de Chile: Ceaal.
- Pichon de Riviere, E. (1985). *Psicología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Reguillo, R. y Fuentes, R. (Coords.) (1999). *Pensar las ciencias sociales hoy*. Guadalajara: Iteso.

- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- Romero, L. (1990). Los sectores populares urbanos como sujeto histórico. *Proposiciones*, 19.
- Sánchez, Y. (2005). Mente y cultura: subjetividad y política. En J. Jaramillo (Comp.), *Cultura, identidades y saberes fronterizos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Scout, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Ciudad de México: Era.
- Tönnies, F. (1979). *Comunidad y sociedad*. Barcelona: Península.
- Torres, A. (2000). Sujetos y subjetividad en la educación popular. *Pedagogía y saberes*, 15, 5-14.
- _____, (1999). Ires y venires de la educación popular en América Latina. *Práctica*, 19.
- _____, (1996). *Discursos, prácticas y actores de la educación popular en Colombia*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- _____, (1993). *La educación popular: entre la esperanza y la incertidumbre*. Bogotá: Cinde.
- _____, (1993). *La ciudad en la sombra. Barrios y luchas urbanas en Bogotá 1958-1977*. Bogotá: Cinep.
- Touraine, A. (1997). *¿Podemos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- _____, (1986). *El retorno del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- _____, (1993). *Crítica de la modernidad*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- Velásquez, E. (1997). Animación: construir afueras a la organización. *Cuadernos de la capital*, 1.
- Zemelman, H. (1998). *Sujeto: existencia y potencia*. Barcelona: Anthropos.
- _____, (1997). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos.
- _____, (1996). *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*. Ciudad de México: Colegio de México.
- _____, (1995). *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*. Caracas: Universidad Nacional Autónoma de México-Nueva Sociedad.
- _____, (1994). Racionalidad y ciencias sociales. *Suplementos*, 45.
- _____, (1994a). La necesidad de pensar y sus desafíos éticos. *Suplementos*, 45.
- _____, (1990). *Cultura y política en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas.
- _____, (1992). La educación en la construcción de sujetos sociales. *La Piragua*, 7.
- _____, (1991 y 1992). *Los horizontes de la razón. Dialéctica y apropiación del presente* (2 Vols.). Barcelona: Anthropos y el Colegio de México.
- _____, (1989). *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas.
- _____, (1987). *Uso crítico de la teoría*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- _____, (1987). Razones para un debate epistemológico. *Revista Mexicana de Sociología*, 1.
- _____, (1987). *Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente*. Ciudad de México: Jornadas 111, El Colegio de México.